

seria. Comprendo y confieso que tengo necesidad de retirarme algunos dias; no permitais que malogre esta gracia, y dadme tiempo para que haga eficaz esta resolucion.

JACULATORIAS. — Conducidme, Señor, al camino de guardar vuestros mandamientos, porque no quiero otro. (Ps. 118.)

Un solo dia de retiro en tu santa casa, vale mas que mil entre el estruendo del mundo. (Ps. 83.)

PROPOSITOS.

1 Sea uno de la condicion que quisiere, y ocupe el empleo que ocupare, no es creible que al cabo del año le falten tres ó cuatro dias para retirarse. Siempre se encuentran los que se quieren para una partida de diversion, para un viaje: no son menester mas, y muchas veces ni aun tantos para unos ejercicios: lo único que falta para hacerlos, es un poco de buena voluntad. Pero al fin, permitamos á cierta clase de gentes, que sus ocupaciones, sus negocios, su estado y sus empleos no las dejen lugar para tres dias de ejercicios; ¿qué excusa racional se podrá alegar para no retirarse por lo menos un dia cada mes? Toma desde luego esta resolucion, y ponla en práctica desde el domingo que viene. Este ejercicio, respecto de los seglares, no les altera las horas, como las puede alterar respecto de los religiosos; sin faltar á tus obligaciones puedes fácilmente tener un dia de retiro. No hay cosa mas útil, mas fácil, ni mas necesaria; imponte una ley indispensable de practicarla; la experiencia te enseñará que no es posible tener cada mes un dia de retiro, y no hacerse santo en poco tiempo.

2 Determina desde luego el dia que destinas para esto, escogiendo aquel que te parezca será el mas desocupado, y la víspera prevenite; desembarazáote de todo lo que puede distraerte en el mismo dia. Prepárate la noche antes con la parábola de la higuera, que el padre de familias está resuelto á dar por el pie, porque no lleva mas que hojas, y solo dilata el arrancarla hasta ver si con nuevo cultivo produce finalmente algun fruto. Aplicate á tí mismo esta parábola, y madrugando con diligencia por la mañana, despues de haber adorado al Señor, y pedidole su gracia para pasar santamente aquel dia, tan importante para tu salvacion, emplea una, ó por lo menos media hora en la meditacion de alguna de las grandes verdades de nuestra religion, aplicándote siempre la doctrina que estas nos enseñan. Lee despues un capítulo en el libro de la imitacion de Cristo, y dedica

una hora á recorrer en la amargura de tu corazon los años de la mala vida pasada. Considera tus desórdenes, tus maldades, el abuso de los santos Sacramentos, el desperdicio de tantos auxilios, y disponte para la confesion que debes hacer desde el último dia de retiro, con tanto dolor, que pueda reparar los defectos de las confesiones particulares antecedentes; oye misa con la misma disposicion, y comulga como si recibieras al Señor por modo de viático. Antes de comer ten otra meditacion, y entre cinco y seis de la tarde la tercera. La leccion espiritual sea en algun libro escogido, enérgico y convincente, y toma despues tus medidas para que tus propósitos sean eficaces. En una palabra, debes procurar hallarte al fin de este dia como te quisieras encontrar á la hora de la muerte.

DIA XIII.

MARTIROLOGIO.

LA DEDICACION DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DE LOS MÁRTIRES, en Roma, la cual el beato Bonifacio IV consagró (en el año 604) al honor de la bienaventurada Virgen Maria, y de todos los Mártires, en tiempo del emperador Focas, despues de haber purificado aquel antiguo edificio, que era el templo de todos los dioses bajo el título de Pantheon.

EL BEATO MUCIO, presbitero y mártir, en Constantinopla, el cual, en tiempo de Diocleciano y siendo procónsul Laodicio, sufrió primeramente en Amphipolis muchos géneros de tormentos por confesar á Jesucristo; y despues habiéndolo conducido á Bizancio (hoy Constantinopla) le degollaron.

SANTA GLICERIA, mártir romana, en Heraclea, la cual (confesando públicamente á Jesucristo estando en el templo de Júpiter, cuya estatua cayó derribada á sus pies) fué martirizada en tiempo del emperador Antonino, siendo presidente Sabino, por los años de 177.

LA CONMEMORACION DE UN GRAN NÚMERO DE SANTOS MÁRTIRES, en Alejandria, los cuales fueron muertos por los arrianos dentro de la iglesia de S. Teónas en odio á la fe católica.

SAN SERVACIO, obispo de Tongres, en Mastricht, cuyo mérito lo hizo patente al mundo la Providencia divina un invierno en que estando cubierta de nieve toda aquella comarca, jamás llegó á cuajar encima de su sepulcro, aunque cuajaba al rededor del mismo todos los inviernos; lo cual movió á aquellos habitantes á que sobre él edificasen una iglesia.

SAN JUAN EL SILENCIARIO Ó SILENCIOSO, en la Palestina. (Véase su vida en las de hoy.)

SAN PEDRO REGALADO, confesor, del orden de Menores, en Vallado-

lid, restablecedor de la disciplina regular en los conventos de España, al cual canonizó el papa Benedicto XIV. (Véase su vida en las de hoy.)

SAN PEDRO REGALADO, CONFESOR.

EN el estendido campo de la Iglesia hay ciertos lugares apartados y cerrados, que destinó Jesucristo para formarse en ellos unos huertos deliciosos, que floreciesen continuamente, y exhalasen el suave olor de las virtudes. Estos lugares son las religiones, en donde como en unos verjeles han crecido en todos tiempos árboles tan frondosos con el riego de las santas instituciones, que de ellos se ha adornado la Iglesia, y con ellos ha mantenido su hermosura y lozanía. Por lo mismo ha tenido el comun enemigo gran cuidado de sembrar en ellos alguna zizania, para que el rigor de la observancia, aminorado con la tibieza de algunos flacos, se fuese debilitando, y reducidos al olvido ó al desprecio los santos documentos de los fundadores vienesen los institutos á su ruina. Pero Dios por el contrario ha velado siempre sobre ellos, ha conservado las grandes obras que su espíritu sugirió á sus siervos, y ha procurado levantar de tiempo en tiempo varones consumados en virtud, que se pudiesen como muro fuerte de la casa de Dios, y reedificasen de nuevo lo que estaba ruinoso ó caído. Uno de estos varones, ejemplo de santidad, norma de perfeccion religiosa y prodigio de penitencia, fué el glorioso S. Pedro Regalado, reformador del austero instituto que fundó y estableció en la Iglesia S. Francisco.

Nació en Valladolid por los años del Señor de 1389, de padres esclarecidos por su antigua nobleza, y mucho mas por su piedad y cristianas virtudes. Su padre se llamó Pedro Regalado, y su madre D.^a María de Costanilla, quienes recibieron de sus progenitores ilustres gran copia de bienes de fortuna. Pero era tanta su piedad y misericordia con los pobres y necesitados, que parecian mas bien procuradores ó dispensadores, que dueños de sus riquezas. Siendo todavía Pedro tan niño, que apenas podia conocer á su padre, le faltó éste, llevándosele Dios á darle el premio debido á su gran misericordia y largas limosnas con que la ejercitaba. Quedó en poder de su madre, viuda, la cual le educó santamente, instruyéndole y acostumbándole á los ejercicios de piedad que ella misma ejercitaba. Llevábale consigo cuando iba á confesar al convento de S. Francisco; y como el ejemplo de los padres es el aliciente mas poderoso para formar el corazon de los niños, y aficionarlos a los ejercicios de



S. PEDRO REGALADO. C.

virtud, se arraigó esta tan profundamente en aquella inocente alma, que al paso que iba creciendo, iban admirándose en él las fecundas semillas que con el tiempo habian de producir tan copiosos y sazonados frutos. Manifestaba mucho gusto en asistir á los templos y á los divinos oficios, y el ver á su madre frecuentar los sacramentos despertó con anticipacion en el santo niño unos encendidos deseos de alimentarse con el pan de vida que bajó del cielo; lo que hacia con sumo consuelo de su alma. Entre tanto no se descuidó su madre de hacerle aprender con un buen maestro las primeras letras, y quanto convenia saber á un jóven de su noble estirpe. Pero Dios tenia sobre Pedro mas altas miras, y con la frecuencia en ir al convento de S. Francisco con su madre, fué poco á poco inspirando en su corazon la vocacion y santos deseos de alistarse entre los hijos de tan grande patriarca.

En efecto, á los trece años se sintió movido de una mano invisible y poderosa que le estimulaba á abrazar el instituto religioso. En aquella tierna edad habia ya llegado á conocer la vanidad del mundo, lo pasajero de sus bienes, lo despreciable de sus honras, y cuan indigno era todo lo que mas aprecian los hombres de que un verdadero cristiano les sacrifique sus esperanzas. Con tan sólidas persuasiones juntó un exámen maduro de sus inclinaciones, de sus resabios, de sus fuerzas, y de quanto le podia dar algunas luces con que distinguir la vocacion verdadera de la falsa. Ejercitose muchos dias en fervorosa oracion, pidiendo á Dios fuese servido declararle el camino por donde queria ser hallado: la oracion se fortalecia con los ayunos y penitencias; y uno y otro se hizo completamente eficaz con la sencillez de su recto corazon, que manifestaba con abundantes lágrimas los deseos que le animaban de sacrificar á Dios su alma, su voluntad, sus riquezas, sus esperanzas y toda su persona con todas sus circunstancias. Certificado por su padre espiritual de que aquella vocacion era del cielo, comunicó á su madre la determinacion que tenia de hacerse religioso. Era natural en ella la repugnancia, considerando que Pedro era el único hijo varon que la habia quedado: que de él solo pendia principalmente la continuacion de su noble estirpe y de su casa: que las prendas amables con que el cielo habia enriquecido al jóven, daban lugar á concebir de él las mayores esperanzas; y últimamente, el amor de madre, la ternura de su edad, y la dulce compañía que en su viudedad la hacia, eran suficientes motivos para manifestar si no aversion y repugnancia, á lo menos tedio ó indiferencia. Nada de esto sucedió: como una fervorosa Ana convino en de-

dicar á su pequeño Samuel al templo; para que en él sirviese al Señor toda su vida. Hizo por sí misma las diligencias necesarias para privarse de un hijo tan amado, y además de ofrecer al santuario una víctima tan perfecta y tan preciosa, tuvo el mérito de ofrecerla con resignacion, con conformidad, con gusto, con alegría, con complacencia.

Tomó el santo jóven el hábito de franciscano claustral en el mismo convento que tanto habia frecuentado en compañía de su madre, con sumo regocijo de los religiosos, que á pocos dias de noviciado conocieron el tesoro de virtudes que Dios les habia enviado en Pedro, y que mas tenian ellos que aprender del novicio, que éste de las instrucciones de su maestro. Luego que se vió agregado á los hijos de Francisco, levantó sus ojos á este grande patriarca, y le tomó por dechado para ajustar todas sus acciones. Mortificacion de todos los sentidos, abstraccion del mundo, silencio, retiro, contemplacion, humildad, y una subordinacion perfecta á la voluntad de su superior, fueron las principales virtudes que resplandecian en sus obras. Practicaba con puntualidad y alegría los ejercicios mas humildes, sin olvidar por esto el cuidado de instruirse completamente en la regla que se proponia observar en todo el discurso de su vida. Como su vocacion no habia sido una llamarada pasajera de espíritu, formada por los acasos de la fortuna, sino un llamamiento positivo de la divina gracia, permaneció todo el año del noviciado sin aflojar un punto en el rigor y exactitud con que habia comenzado. Esta constancia en la virtud certificó á los religiosos de su aptitud para un estado tan perfecto; y así cumplido el tiempo establecido para su probacion, no dudaron en darle la profesion, la cual hizo Pedro á los catorce años de su edad, segun permitian los cánones en aquel tiempo. Apenas se vió profeso, consideró que debia ir de dia en dia aprovechando en la virtud. Redobló su fervor, sus ayunos, sus oraciones y penitencias; y entregado enteramente á la vida espiritual, hizo progresos tan asombrosos, que los mas provecos tenian en él mucho que aprender, y muchísimo que admirar. Era el primero á cualquier ejercicio penoso, sin que jamás pudiese su caridad hallar disculpa para dispensarse de la menor molestia, con tal que de ella resultase el obedecer á sus superiores ó el consuelo de sus hermanos. Particularmente se deleitaba en asistir á los enfermos é imposibilitados, y por asquerosas que fuesen las enfermedades ó impertinentes los enfermos, nunca se retraia de su asistencia, antes bien allí asistia con mas frecuencia y gusto, en donde conocia que habia de estar mas mortificado. Pero como el

instituto riguroso del santo patriarca habia padecido alguna relajacion inseparable de la flaqueza y miseria humana, no hallaba todo el fomento que deseaba la severidad de su espíritu para imitar á S. Francisco en la parte de penitente y riguroso. Vivía por esta causa algún tanto desconsolado, deseando proporciones de entablar una vida mas austera, y temeroso de hacerse singular en la regular observancia que entre los claustrales florecia.

Oyó Dios los secretos suspiros de su corazón, y le dió lo que apetecia por los medios que ya de antemano tenia su providencia preparados. Ya habia veinte años que Fr. Pedro de Villacreces, varon de sobresaliente virtud y de eminente sabiduría, habia emprendido en sí mismo la reforma del instituto franciscano. Deseoso de reducir á la práctica la verdadera pobreza que estableció su santo patriarca, y de dar fuerza y vigor á sus santos preceptos, se habia retirado á un lugar escabroso y desierto en el término de Covarrubias, á hacer vida pobre, penitente y solitaria, y pedir á Dios le diese fuerzas y auxilios para entablar la reforma que pretendia. Veinte años gastó en oraciones, mortificacion y lágrimas, apartado enteramente del comercio de los hombres y encerrado en una horrorosa y estrecha gruta, que parecia mas bien un sepulcro. Al cabo de este tiempo se presentó al mundo en traje tan pobre y con semblante tan penitente y austero, que apenas tenia de hombre vivo mas que una débil apariencia, pareciendo mas bien un esqueleto que un viviente: tan macerado estaba de las penitencias, y tan consumido de los ayunos. Dirigió á su general sus súplicas para que le permitiese poner en ejecucion el proyecto de reforma; y con su licencia la comenzó en el eremitorio de nuestra Señora de la Salceda, en la provincia de la Alcarria; pero bien fuese porque los padres claustrales de Toledo reclamasen aquel sitio como suyo, ó por otra causa, Villacreces le dejó, y tuvo que buscar en otra parte sitio oportuno á sus intentos. Ya Dios le habia determinado señalándole con luces milagrosas cerca de Aguilera en el obispado de Osma, cuyo obispo, dicen, era pariente del santo Villacreces, y por tanto propenso á favorecer los evangélicos designios que manifestaba. Entabló, pues, con el obispo la pretension de que le cediese aquel eremitorio de Aguilera, en donde habia edificado una iglesia, y puesto un sacerdote con un ministro que le ayudase á misa. El prudente obispo, que estaba bien informado, no solamente de la sabiduría y sólida virtud del reformador, sino de lo necesario y conducente de la reforma, no tuvo dificultad alguna en ceder generosamente el eremitorio y la iglesia, ofreciendo además su proteccion y autoridad para

llevar á debido efecto la empresa. Tanto puede conseguir la virtud, cuando se manifiesta en su traje sencillo, y libre de los resabios de la ambicion ó el interés.

Entre tanto que se trataba este negocio vivia S. Pedro en Valladolid, empleado en fervorosos ejercicios; pero anhelando siempre por vida mas semejante á la de su penitente patriarca. A esta sazón se presentó en aquella ciudad el santo Villacreces, cuya vista llenó de terror y de edificacion á cuantos le vieron. Iba vestido de un sayal sumamente tosco, descalzo de pié y pierna, consumido de penitencias, y predicando con su mismo ejemplo la reforma que deseaba establecer. Habia entre los mismos claustrales muchos religiosos, que llevaban á mal la relajacion que se habia introducido, y no apetecian mas que una ocasion favorable para declararse á favor de la reforma. Uno de ellos era S. Pedro, el cual, aunque habia poco que habia profesado, con el fervor de su grande espíritu se habia adelantado á los demás. Luego que entendió las facultades que tenia del general el padre Villacreces para admitir al nuevo método de vida á todos los que quisiesen profesarla, se fué á él, le comunicó sus intentos, y le pidió ardientemente que le llevase consigo á aquel eremitorio adonde caminaba. El reformador, viendo la escelente indole de aquel jóven, sus adelantamientos en la virtud, y las grandes esperanzas que ofrecia de mayores medras, le admitió con mucho gusto como un don que el cielo le ofrecia para cimentar sobre sólidas virtudes el edificio de su reforma. Regalado, por su parte, quedó igualmente consolado, mirando á Villacreces como á un ángel que Dios le habia enviado para satisfaccion de su espíritu y santificacion de su alma. Habiendo llegado al eremitorio, se desnudó del hábito de claustral, y se vistió el saco de la nueva reforma, profesando en manos de su bendito maestro todo el rigor de la observancia segun la regla primitiva de san Francisco. Once años permaneció en este lugar el Santo, dedicado á todos los ejercicios de virtudes, y empleado en las mayores austeridades. Su pobreza era suma, pues algunas veces llegó hasta faltar aceite con que cebar la lámpara que ardía delante del Santísimo Sacramento. Su comida se reducía á algunas legumbres, pocas en cantidad, y mal condimentadas. La oracion era continua, los ayunos sin interrupcion, y las penitencias ásperas y multiplicadas. Observó por muchos años las nueve cuaresmas, que llaman de S. Francisco, en que se comprendia la mayor parte, ó por mejor decir casi todo el año; y de los días que le quedaban libres destinaba muchos al ayuno de pan y agua, sin que jamás se permitiese la condescendencia de aliviar

por la noche con alguna ligera colacion el rigor abstimente que se habia prescrito.

Con la continuacion en orar llegó á tan alto grado de contemplacion, que en ella era alimentado su espíritu con estranos regalos del cielo. Padecia frecuentemente raptos ó éstasis, y eran tan vehementes, que le vieron muchas veces levantado en el aire, siguiendo lo terreno de su cuerpo la misma direccion que llevaba su espíritu. A estos éstasis acompañaba una circunstancia maravillosa, que al mismo tiempo que manifestaba la elevacion de su alma, servia de edificacion, de ejemplo y de una santa admiracion de las maravillas que Dios obraba con sus siervos. Rodeábale un resplandor tan claro y luciente, que aunque fuese de noche, parecia que era de día: y los que estaban léjos llegaron á juzgar alguna vez que ardía el convento de Abrojos, y fueron atropelladamente cargados de agua é instrumentos para apagar el incendio que habian imaginado. En medio de tanta sublimidad de espíritu, no dejaba de atender á las cosas mas bajas y menudas, como que en ellas se cimentaba su humildad para remontarse despues con mayor seguridad y firmeza á la consideracion de los divinos atributos. No habia ocupacion humilde, ni ejercicio trabajoso y despreciable en que no fuese el primero; y tan risueño se veía su semblante cuando barria el convento, ó andaba de puerta en puerta solicitando de la piedad de los fieles el alimento para sus hermanos, como cuando embebido todo en Dios disfrutaba en la oracion sus soberanos favores. Ardía su pecho en caridad por la salvacion de sus prójimos, y conociendo que para lograrla mejor seria conducente el sacerdocio, halló entre sus continuos ejercicios de piedad tiempo oportuno para estudiar la ciencia de Dios en toda su extension, hasta hacerse capaz, no solamente de ordenarse de sacerdote, sino de hacer admirable fruto en las almas por el ministerio de la palabra. En uno y otro sentia indecibles delicias su espíritu: la alegría que mostraba en la conversion de los pecadores, y la celestial dulzura que sentia su alma al consagrar el cuerpo y sangre de Jesucristo, y alimentarse con tan divino manjar, manifestaban claramente, que aunque Pedro vivia en carne mortal, estaba por su fervor trasformado en ciudadano del cielo.

Así pasaba una vida angelical y maravillosa, entregado enteramente al fervor que habia apetecido. Su alma tranquila en la posesion de las mas sublimes virtudes se regocijaba en el ejercicio de todas ellas, segun se le proporcionaban las ocasiones y las circunstancias. Mirábase en cierta manera seguro de este ce-

lestial reposo, porque hasta entonces habia siempre caminado en brazos de la obediencia. Pero siendo Dios servido de coronar los grandes merecimientos del santo Villacreces, llevándole á gozar de su gloria, se turbó algun tanto la serenidad que hasta aquel punto habia disfrutado el fervoroso Pedro. Su conocida virtud, su admirable prudencia, la severidad con que guardaba el rigor del instituto, y el conjunto de prendas necesario para seguir la grande obra comenzada en la reforma, hicieron que todos pusiesen en él los ojos para hacerle sucesor del padre Villacreces. En efecto, habiéndose juntado los religiosos de los dos eremitorios, el de Aguilera y el de los Abrojos, para elegir vicario, todos de comun consentimiento eligieron á S. Pedro, que brillaba entre los demás por sus virtudes como el sol entre las estrellas. Aceptó el gobierno como una carga que Dios ponía sobre sus hombros para que la llevase en beneficio de la religion y de sus hermanos; no como una honra peligrosa con que se envanece el corazon y se fomenta la soberbia. Así rigió como un padre benigno que ama á sus hijos, aun cuando la justicia y el mismo amor que les tiene le obligan á corregir sus defectos por medio del castigo. Era manso, dulce y benigno con los humildes y apocados; y duro, severo é inexorable con los soberbios y contumaces; tanto mas que entre cuantos vicios suelen corromper el corazon humano, y penetran hasta los mas sagrados retiros, ninguno le chocaba, ni escitaba mas sus justos enojos que el vicio de la soberbia. Iba delante de todos con su ejemplo, para que á ninguno le fuese pesado el rigor de la observancia. Jamás caminó sino á pié y descalzo, sin omitir por esto los ayunos acostumbrados, ni dispensarse de la oracion, largos rezos y multiplicadas fatigas. Defendió con teson y constancia los derechos de la nueva reforma, acometida desde sus principios por muchos emisarios del comun enemigo que procuraba su destruccion, rezeloso de los grandes perjuicios que con el tiempo le habia de causar. Con este motivo padeció deshonras, calumnias y persecuciones las mas sangrientas; pero cimentado bien en la humildad, y siguiendo el ejemplo de aquel que dió su vida en una cruz por sus ovejas; lo toleró todo con suma paciencia, y prevaleció su constancia contra las astucias del dragon infernal.

En medio de los peligrosos cuidados de la prelación, no desató un punto el principal de su propia santificacion; bien cierto, que de nada le serviría ganar todo el mundo si padecía el menor detrimento su alma. Fortaleció ésta con el escudo inespugnable de todas las virtudes; pero en las que mas sobresalia

su agigantado espíritu eran las tres teologales, como basa y fundamento de todas las demás. Su fe era tan viva, que jamás llegó á persuadirse que podía accidente alguno de la tierra turbar la série de tantas ocupaciones, como se habia impuesto para continuar y propagar la santa observancia. Dios mismo la premió diferentes veces con repetidos milagros, haciendo que en el breve espacio de una hora pudiese andar en ayunas, á pié y descalzo catorce leguas para cumplir en diversos lugares con las obligaciones de su ministerio. Su confianza en Dios era firme, y cual podía prometerse de su viva fe; y así sucedió, que impleándole la necesidad de pasar del eremitorio de Abrojos á algun sitio vecino para ejercitar la piedad, no dudó de estender su capa sobre las aguas del Duero, y pasar sobre ella al otro lado, como si fuese embarcado en un seguro y fuerte bajel. Pero en lo que mas resplandeció este gran siervo de Dios, fué en la sublime virtud de la caridad para con Dios y sus prójimos. Las obras maravillosas que con estos ejecutaba, manifiestan claramente el incendio que ardia en su pecho. En cualquiera parte que encontrase á algun necesitado le abrazaba, le consolaba, y no le dejaba ir hasta haber remediado enteramente su miseria. Si por casualidad encontraba algun pobre enfermo en el camino, le levantaba con sumo agasajo, le ayudaba y sostenia; y si no podía andar, le ponía sobre sus hombros, y le llevaba al convento. Allí le disponia toda suerte de medicinas y regalos hasta que recobraba la salud, y se daba por muy contento y satisfecho con besar los pies y abrazar muchas veces caritativamente á aquel pobre que tan vivamente le representaba al mismo Jesucristo. Compadeciase en estremo de los leprosos, á quienes asistia y curaba con mas esmero, besaba sus asquerosas llagas, y muchas veces premió el cielo este fervor de su ardentísima caridad, sanando milagrosamente á aquellos infelices. Pero semejantes maravillas se habian ya visto patentemente por todos; en confirmacion de lo gratas que eran á Dios las limosnas y obsequios que este santo varon empleaba en el socorro de los menesterosos.

Estaba el Santo empleado en el oficio de portero en el convento de Abrojos; y como su corazon compasivo no podia ver una necesidad sin procurar inmediatamente remediála; era tanto lo que daba de limosna, que llegaron los religiosos á murmurarlo, y solicitar del guardian que pusiese oportuno remedio. Entre los muchos pobres, se señalaba por su desolacion y su miseria una pobre viuda desamparada de todo auxilio humano, y con la carga de tres hijos pequeñuelos, que aumentaban su

dolor y su miseria. Un dia vino esta pobre á pedir limosna á la hora de comer: advirtieron todos los religiosos que estaban en el refectorio, que Regalado tomó con grande precipitacion muchos pedazos de pan y de carne, y echándolos en la falda del hábito iba á salir hácia la portería. Entonces el prelado le mandó detener delante de todos, y le dijo: *Gran priesa llevais, Fr. Pedro; ¿qué es eso que teneis en la falda?* Turbóse el Santo algun poco, conociendo el principio de donde nacia la pregunta; pero vuelto en sí, respondió: *Padre, llevo rosas para darlas á una pobrecita que tiene de ellas necesidad. Mostradlas al punto*, replicó el guardian. Entonces el bendito religioso, lleno de un santo pudor; abrió la falda, y vieron todos con admiración convertidos en rosas los pedazos de carne y pan que ellos mismos habian visto antes con sus ojos. Admiraron la bondad de Dios, que tan maravilloso se manifiesta en sus siervos: le dieron infinitas gracias por un hecho tan milagroso, y vuelto á él el prelado, le dijo: *Id, padre, en el nombre del Señor, y dad esas rosas á la pobre que las necesita; y no solamente eso, sino dad cuanto fuere vuestra voluntad, que para eso nos lo concede liberalmente la divina beneficencia.*

Una de las muchas gracias con que le adornó el cielo en premio de su santa vida, fué el don de profecía, con el cual decia de antemano los sucesos futuros, y veia las cosas que estaban muy distantes de su presencia. Una noche estaba con sus religiosos cantando los maitines, y concluidos mandó que se vistiesen algunos ministros las sagradas vestiduras, y precedidos de la cruz y el acetre los llevó á la ribera del rio Duero, que pasaba por allí cerca. Admiraban los religiosos una determinacion tan estraña por todas sus circunstancias; pero á poco de haber llegado á la orilla del rio, cesaron sus dudas, y creció su admiracion viendo venir por el rio, y hácia la parte en que estaban, el cadáver de una mujer, que por defender su castidad se habia precipitado en las aguas. Sacáronle, y le dieron honrada sepultura, alabando á Dios que tales cosas habia revelado á su siervo, pues el caso era imposible saberse por ningun medio humano. En otra ocasion mandó tocar á comer, y que fuesen los religiosos al refectorio, no obstante que el dispensero le habia certificado de que ni un bocado de pan, ni de otra alguna vianda habia en el convento para aquel dia. Pero apenas se sentaron, despues de bendecir la mesa, cuando llamaron á la portería, acudió el portero, y encontró una mula cargada de pan y de otros comestibles; y habiéndolos conducido al refectorio, quiso recoger la caballería para cuidarla; mas fué en vano, porque por varias

diligencias que practicó para hallarla, jamás pudo encontrar rastro alguno del camino que habia llevado, ni del que habia traído. Seria cosa muy prolija referir todos los portentos que obró la divina Omnipotencia en recomendacion de la gran virtud de este Santo. Basta saber que llegó á estenderse tanto su fama, que aun en las partes mas remotas se encomendaban las personas piadosas á sus oraciones en los mayores conflictos, sin que dejasen las mas veces de conseguir un éxito feliz. Lleno ya de virtudes y merecimientos; macerado su cuerpo con indecibles penitencias; enriquecido su espiritu con los dones del Espiritu Santo; hecho habitacion y templo de la gracia; habiendo gobernado con admirable rectitud y prudencia, y llevado hasta un estado de robustez y firmeza la reforma comenzada, quiso Dios llevarle á gozar el premio debido á trabajos tan útiles y gloriosos.

En el año de 1456, al principio de la cuaresma, cayó en una enfermedad peligrosa, de la cual luego entendió que habia de morir. Contristábanse sumamente los religiosos por la pérdida de un tan ejemplar y tan santo padre; solo él estaba con el rostro alegre, consolándolos en su justo dolor, y exhortándolos continuamente á la constancia en el rigor comenzado. Uno de los accidentes de su enfermedad era un hastio á todo género de comida, que le hacia casi imposible tomar alimento. Deseoso el médico, por el amor y veneracion que le tenia, de encontrar alguna vianda que le fuese grata, le preguntó un dia si comeria una codorniz. Respondió el Santo que sí; pero esta respuesta contristó mas á todos, porque en aquel tiempo era poco menos que imposible poder satisfacer su apetito. Pero Dios, que queria glorificar á su siervo de diversas maneras, hizo que al salir el médico del convento se le viniese á la mano una, á quien acosaba el milano. Cogióla, y vino muy contento al Santo, lisonjeándose de que ya habia encontrado con que satisfacer su apetito, y prolongar su vida. S. Pedro tomó la codorniz, y haciéndola muchas caricias, y componiéndola las plumillas que tenia espeluznadas, dijo: *Preciosa avecita, Dios te ha librado de las uñas crueles de tu enemigo, ¿y será razon que mueras ahora en las mias? no, de ninguna manera; anda, y alaba á aquel que te crió, y que te libró de la muerte; y diciendo esto la echó á volar, admirando todos la dulzura de su genio, y aquella generosidad con que preferia la vida de una ave á su propia conveniencia. Entre tanto la enfermedad se iba agravando de modo, que conoció que estaba su muerte muy cercana. Dispúsose para ella con el santo sacramento de la confesion, y pidiendo perdon á sus hermanos con muchas lágrimas*